

## Esoterismo y cristianismo

Stefano Maria Chiari - 13/02/2008



Mucho se habla en diversos ambientes del verdadero contenido del mensaje cristiano; se buscan explicaciones y formas de leerlo en cierto modo siempre diferentes de las que la Iglesia Católica propone con autoridad.

Muchas corrientes de pensamiento pretenden valorar la autenticidad de la doctrina evangélica depurandola de las «manipulaciones» o de las malas interpretaciones que la Iglesia le habría dado inverosimilmente en el curso de los años y de los

siglos, las cuales habrían alterado su alcance y contenido.

Entre tantos, y no son los últimos, Guenon y Steiner (aun con las debidas diferencias) pretendieron dar una interpretación del evento de la Encarnación y de la Revelación Divina..., pero, «pescando más lejos», hallaríamos trazas de esos intentos «gnósticos» a lo largo de la historia cristiana.

La pregunta es: ¿será torpeza de la Iglesia no reconocer el lado oculto y esotérico del cristianismo o corresponde a una explícita voluntad de Cristo?

La distinción no puede hacerse más que sobre este profundo dilema: **¿qué es lo que quiso realmente Jesús? ¿Y qué es lo que de verdad enseñó?**

La pregunta no es ociosa, sino determinante; las implicaciones son notables: **el cristiano del año 2008, ¿puede fiarse de lo que enseñó y enseña la Iglesia, creyendolo sin duda fuente de verdad y de vida? ¿O tal vez ha de buscar por otro lado o incluso paralelamente caminos ocultos que lleven a «la verdad completa»?**

Este es el problema.

A mi parecer, la pregunta supone responder a ulteriores cuestiones: ante todo, **¿para qué un esoterismo cristiano? ¿A qué sirve?**

La respuesta de ciertos ambientes habituados a acepciones transversales de la Sagrada Escritura tiene un cierto sabor claramente gnóstico. Responden: porque no todos habrían estado preparados a aceptar la verdad como es realmente.

Hay quien dice que el mundo no estaba preparado en tiempos de Jesús y que habrían tenido que pasar otros dos mil años de crecimiento «espiritual» de la humanidad, antes de poder conocer una verdad fundamental como sería la de la *reencarnación*.

Veamos las cosas una por una.

La primera. ¿De verdad pensamos que Cristo pueda haber revelado una verdad «de forma progresiva»?

El simple empleo de la lógica va contra esta hipótesis.

Si Jesucristo es Dios, Hijo de Dios, la Revelación del Padre, non cabe duda de que la verdad (El mismo, como se define) tenga que haber sido revelada totalmente en su Persona encarnada; en su vivir y morir por el hombre; en su enseñar y curar; en todo lo que hizo, dijo o vivió el Verbo de la vida. Por consiguiente, si la Verdad se ha revelado de una vez por todas, queda la duda de cómo pueda ser mantenida íntegra o conservada en su pureza, una vez que el Maestro volvió al Padre.

¡Atención! Esta verdad es tan importante que es condición para salvarse: «*El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea se condenará*»; «*Quien cree en el Hijo tiene la vida eterna, quien no cree no tiene la vida eterna, sino que la ira de Dios está sobre él*».

¿Por qué la fe es tan importante? ¡Porque creer es adherir a la Verdad de Dios; adherir intelectualmente y con todo el ser! Y adherir a la Verdad de Dios, es ante todo adherir a El, que es la Verdad. No hay interrupción entre ambas cosas. Creyendo en Jesús y amándolo, se vive de El.

Un camino esotérico ¿qué supondría?

Ante todo una imposibilidad objetiva causada nada menos que por voluntad del mismo Jesús: o sea la incapacidad de adherir a Cristo totalmente y «en Espíritu y Verdad», como por el contrario está mandado que sea la adoración auténtica. Por tanto, en definitiva, supondría una mutilación del alcance de la Redención del Salvador.

Sólo los Apóstoles y sucesivamente algún iniciado habrían tenido conocimiento del misterio de Luz del *Logos* eterno, contradiciendo a San Pablo, en Efesios 3,10: «*para que sea manifestada ahora en el cielo, por medio de la Iglesia, a los Principados y Potestades la multiforme sabiduría de Dios*»; no a todos, según la idea esotérica, sino sólo a aquellos capaces de comprender.

Clasismo incompatible con el alcance universal querido por Jesucristo, como se lee en Mateo, 28, 18-20: «*Y Jesús, acercándose, les dijo: ‘Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id pues y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que Yo os he mandado. Y Yo seré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo’*».

Notemos el destinatario de la enseñanza: **¡todas las naciones!**

Y notemos el contenido de tal doctrina: **todo lo que os he mandado.**

Resumiendo: todos deben recibir la verdad que Cristo ha enseñado a sus Apóstoles.

«*Lo que os digo en las tinieblas, decidlo en la luz, y lo que escuchais al oído predicadlo desde los tejados*» (Mt 10,27), por lo tanto, ¡hasta lo más secreto que se pueda imaginar!

La objeción de que el ciclo de las *sucesivas reencarnaciones* haya de servir precisamente para eso, no tiene en cuenta una evidencia máxima: verdades mucho más grandes que supuestos secretos esotéricos ya fueron dados a conocer a todos. ¿De verdad cabe pensar que la humanidad no estaba preparada para acoger todo el alcance del Misterio, cuando lo más grande e inimaginable se le estaba revelando: la Encarnación y el Misterio Trinitario!?

No puede darse altura más sublime de misterio y de conocimiento; y sin embargo el iniciado supone que eso sea poca cosa respecto a los inescrutables secretos de lo oculto (¿¡!?). ¡A mi parecer, este modo de razonar es miopía espiritual!

¿Qué puede haber más grande que el mismo Misterio de Dios? ¡Y decir que Jesús, que revela la vida íntima del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, no habría hablado abiertamente de la *reencarnación*, por ser un tema demasiado elevado o difícil de ser comprendido por la masa popular de aquella época! ¡Déjen que dudemos fuertemente!

Segunda objeción crítica.

Si Jesús se da a Sí mismo y su verdad, no es posible que esta entrega no termine bien. Debe llegar a todo hombre, al menos ha de poder llegar, a hacerlo capaz de

adherir a Dios. Si Jesús muere por cada hombre, a cada uno le ha de ser posible acceder al frutt de esta muerte bendita.

Si así es, y no se ve cómo pueda ser de otra forma (pues sería reducir a impotencia la Redención de Jesucristo), tiene que haber un lugar destinado a conservar el depósito sagrado de esta luz y de esta vida. Ese lugar ha de custodiar un mensaje y una linfa vital, que no puede estar sujeto a cambios de ninguna especie, a trasformaciones ni a caprichos de los hombres. Tiene que haber un sitio donde objetivamente se encuentre, con indudable certeza.

El recorrido esotérico, por el contrario, por definición está empedrado de personalismos significativos: baste pensar que en cada corriente hay lo que llaman un «grande iniciado» o «iluminado», etc., y aunque puedan ser semejantes las posiciones doctrinales, no es raro encontrar diferencias notables de contenido entre uno y otro; discrepancias poco compatibles con la unicidad e invariabilidad de una revelación divina.

La garantía de tal inmutabilidad reside en la misma promesa de Jesús: «*¡Yo estaré con vosotros!*» y en el anuncio del don del Espíritu Santo, «*el Espíritu de la Verdad que el mundo no puede recibir, porque no lo ve y no lo conoce. Vosotros lo conoceis, porque El está junto a vosotros y estará en vosotros*» (Jn 14,17), Espíritu de Cristo, alma de la Iglesia y su verdadero Guía: «*Mas cuando venga el Espíritu de la Verdad, El os conducirá a la Verdad por entero, porque no hablará por su cuenta, sino que dirá todo lo que habrá oído y os anunciará las cosas futuras*».

Esta promesa se tiene que realizar independientemente de los diferentes puntos de vista de tantos maestros, para presentar la única verdad del único Maestro; el lugar no puede ser más que una institución que objetivamente se pueda encontrar, indudablemente individuable, como es la santa Iglesia Católica.

Por lo demás Jesús mismo lo dijo: «*El que a vosotros escucha, a Mí me escucha*».

¡Como bien se ve por el razonamiento, lo que está en juego es absolutamente la credibilidad de Cristo, de Dios mismo!

¡Una de dos: o Dios nos engaña o así es exactamente!

No se escandalice el lector, ¿pero se puede pensar que Cristo haya derramado hasta la última gota de su Sangre, amando a los suyos «*hasta el fin*», y que luego se olvide de tutelar plenamente con su continua presencia y vigilancia (la infalibilidad de la Iglesia) el tesoro preciosísimo de su entrega al hombre, dejándolo a merced de ávidos curas, engañadores y estafadores?

¡Seamos serios!

¡Es de Cristo que hablamos!

(del diario on-line en italiano EFFEDIEFFE)